

La autobiografía en la sociología histórica. La polémica de las memorias entre la dictadura y la democracia en España, 1975-1982

Autobiography in historical sociology. The polemic over memoirs in Spain between the dictatorship and democracy, 1975-1982

Héctor ROMERO RAMOS
Universidad de Murcia
hromero@um.es

Fecha de recepción: 3-3-2017
Fecha de aceptación: 1-12-2017

RESUMEN

Esta investigación analiza el uso de las memorias y autobiografías como fuente en la sociología histórica. La fuente concreta son las autobiografías intelectuales y políticas de la generación de intelectuales españoles, publicadas en los años de transición de la dictadura de Franco a la democracia. En esas memorias, destacados intelectuales que habían sido protagonistas de la oposición democrática al franquismo, revisaron sus posiciones durante la Guerra Civil, los años de la posguerra y su relación con la dictadura de Franco, de la que algunos de ellos fueron colaboradores.

PALABRAS CLAVE: autobiografía, sociología histórica, campo intelectual, España, transición democrática.

ABSTRACT

This paper analyzes the use of memoirs and autobiographical literature as a source for historical sociology. It explores the polemic surrounding the intellectual/political autobiographies produced by a generation of Spanish intellectuals during the transition from dictatorship to democracy. In these memoirs, intellectuals who participated in the democratic opposition to the dictatorship reviewed their stance during the Spanish Civil War, the postwar years and their relation with General Franco's regime, with which some collaborated.

KEY WORDS: autobiography, historical sociology, intellectual field, Pierre Bourdieu, Franco's dictatorship, Spanish Transition.

Había decidido abrirme sus puertas, contarme, explicarme para que le ayudara a escribir sus memorias. Constantemente me decía: "Anote, anote todo y dígales que no soy un miserable".

Robert Guédiguian, *Presidente Mitterrand* (2005).

1. INTRODUCCIÓN

Una investigación sobre la vida y obra de Enrique Tierno Galván me ofreció la oportunidad de abordar de modo concreto la metodología propia de la sociología histórica, aplicada al campo intelectual en España durante la dictadura de Franco¹. A partir de un marco teórico basado en la teoría de los campos de Pierre Bourdieu, sostenía que en aquellos años el campo político se vertebró en tres niveles: el de la política oficial e institucional, el de la clandestinidad y exilio, y entre ambos, el de la semiclandestinidad. Este se nutría del campo intelectual y académico y se organizaba desde parámetros propios de las profesiones que lo integraban. Era así tanto por las personas que lo conformaban y por los ámbitos de reclutamiento de cuadros y militantes, como por los espacios y los rituales cargados de *energía emocional* (en el sentido en que usa este concepto Durkheim y, en sus trabajos más recientes de sociología de los intelectuales, Randall Collins), que los sostenían.

Conviene especificar que el espacio político de la semiclandestinidad está definido por tres factores. Ante todo, porque surge con el proyecto de consolidarse como oposición en el interior del país sin el propósito efectivo de derrotar de inmediato a la dictadura, sino más bien con la estrategia de constituirse en alternativa democrática cuando el régimen sucumbiera por sí mismo. El segundo factor se refiere a los actores de este campo de semiclandestinidad, procedentes casi todos del bando de los vencedores de la Guerra Civil, cuya disidencia procedía bien de encontrarse marginados dentro de los poderes de la dictadura, bien por evolucionar ideológicamente contra el anquilosamiento del régimen político. El tercer factor se refiere a la ya citada base sociológica: casi todos son intelectuales y personas de la Universidad.

La hipótesis sobre las formas del campo de la semiclandestinidad se complementa con otra propuesta metodológica, la referida al cambio que se operó, durante la transición a la democracia, en la lógica y reglas de dicho campo político. En efecto, se planteó desde la dinámica de una lucha por la autonomía del campo intelectual respecto del poder político. Ahora bien, justo en la transición a la democracia, esa lógica de afán por la autonomía del intelectual se quebró ante la emergencia de los partidos políticos como agentes de la nueva etapa histórica. Así cabe interpretar, por ejemplo, el desencanto, la tenue amargura e incluso cierto resentimiento que emanan las páginas autobiográficas que Enrique Tierno Galván publicó en 1981² y su comportamiento y sus declaraciones durante los últimos años de su vida, a pesar de su popularidad e indudable éxito político como alcalde de Madrid. Desde la disolución del PSP, él, que tuvo y sintió la ambición de poder, no logró comprender la ambición de los jóvenes profesionales, muchos de ellos sus discípulos, que lo desbordaron en la práctica política. O en el modo en que quiso evaluar los resultados electorales del

1 Me refiero a mi tesis doctoral: Héctor Romero Ramos, *Enrique Tierno Galván y la sociología. Un estudio de sociología histórica del campo intelectual en España durante la dictadura de Franco*, Madrid, UCM, 2012. Ver Introducción y Nota metodológica, p. 69 y pp. 198-211. La revisión que ahora ofrezco ha sido realizada en el marco del proyecto CRICAM "Crisis y cambios sociales en la España del siglo XX", ref. HAR2014-54793-R, Ministerio de Economía y Competitividad, Secretaría de Estado de Investigación, Desarrollo e Innovación.

2 Enrique Tierno Galván, *Cabos sueltos*, Barcelona, Bruguera, 1981. Citaré en adelante por su edición en las *Obras completas*, tomo VI, Thompson Aranzadi (edición de Antonio Rovira), 2010.

PSP en las primeras elecciones de 1977, muy por debajo de sus expectativas: pocos votos, cierto, diría, pero “votos de calidad”. Y se mantuvo en su concepto de integridad moral, al margen de las ambiciones de poder, al formular que su partido se planteaba algo más idealista, no la aspiración “a ejercer el poder, sino a vigilar a quienes lo ejercen”.

La experiencia de Enrique Tierno Galván nos servirá de fuente para aplicar la metodología propuesta en este trabajo. Su autobiografía ha sido enjuiciada en ocasiones como el intento deliberado de construir un personaje mítico, propio de una personalidad grandilocuente y desmedidamente ambiciosa. Conclusión injusta: más allá de alguna exageración divertida y un par de ejercicios literarios inocuos, aquel libro no contiene graves falsedades. Pero lo que trataré aquí es, en definitiva, un problema que va más allá de la verdad o falsedad del acontecimiento narrado o el dato ofrecido, de la honestidad o deshonestidad del testimonio. La cuestión la situaré en el ámbito que ocupa el relato de sí mismo dentro del conflicto casi siempre abierto sobre el lugar que consideran que les corresponde en el relato general de la historia intelectual y política. Es un dilema que tiene más implicaciones de las planteadas por las actuales querellas sobre la “memoria histórica”, pues afecta al corazón mismo de los nexos entre historia e historiografía, entre hechos y construcción de relatos³. Como trataré de ilustrar con los pasajes de las memorias analizadas en los epígrafes 3 y 4, el relato autobiográfico sirve, en el momento del cambio político, para acomodar la historia política personal a las exigencias del nuevo contexto o, en los términos teóricos antes mencionados, a las nuevas reglas del campo político. Cuando, como es el caso, el valor simbólico de la acción política debe recalibrarse en sintonía con una nueva definición de la labor del intelectual (en busca, precisamente, de la autonomía del campo respecto del poder político), el testimonio personal del intelectual cobra una importancia metodológica sustancial.

El problema de las autobiografías y memorias es ineludible desde el momento en que se manifiesta como problema en el propio relato de los protagonistas. Así lo encontramos en las primeras páginas de *Cabos sueltos*:

El lector que lea o tan sólo ojee estos *Cabos sueltos* se percatará de que son recuerdos matizados por la imaginación. Así suele ser siempre, pues no se trata de reproducir gracias a una memoria mecánica, sino de recobrar el pasado desde las ineludibles condiciones mentales y psíquicas de quien recuerda. No se asombre el lector si algunos hechos se realzan, otros se oscurecen y no faltan los que están pulidos y acicalados por la lima de la imaginación. [...] Confío que al lector no le pase inadvertido que he querido entrar en el pasado sin removerlo para que no enturbie el presente.

A lo largo del libro apunta de tanto en tanto el carácter en ocasiones disperso de los cabos sueltos, esas “falsas memorias, en cuanto son memorias, pero no propiamente biográficas”⁴.

3 Ver, entre otros: A. Cabellé, “¿Cómo se escribe una biografía?”, *Rúbrica Contemporánea*, 1 (2012), pp. 39-45; J. C. Davies e I. Burdiel (eds.), *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*, Valencia, Universitat de València, 2005; F. Dosse, *El arte de la biografía. Entre historia y ficción*, Ciudad de México, Universidad Iberoamericana, 2007; M. Rustin, “Reflections on the biographical turn in social science”, en P. Chamberlayne, J. Bornat y T. Wengraf, *The turn to biographical methods in social science. Comparative issues and examples*, Routledge, 2000, pp. 33-51; H. Hernández Sandoica, “La biografía, entre el valor ejemplar y la experiencia vivida”, *Asclepio*, 57 (2005), pp. 23-42; J. C. Passeron, “Biographies, flux, trajectories”, *Enquête*, 5 (1989), 14.

4 E. Tierno Galván, *Obras completas...*, tomo VI, p. 557.

Reservas similares aparecen en casi todas las autobiografías y memorias de aquella generación de intelectuales. Desde la primera línea y a lo largo de las primeras páginas de la introducción a sus *Memorias y esperanzas españolas*, José Luis López Aranguren advierte sobre la confusa naturaleza del libro o, en sus palabras, sobre “el problema de la acotación de lo que haya de ser este libro como género literario”:

No me es fácil decir, y menos desde su primera página, en qué va a consistir este libro. ¿Será un libro de memorias? No, al menos no sin más. Pues mirará al futuro tanto como al pasado. Más aún que al pasado. [...] ¿Será un ensayo sobre mí mismo, para a través de mí, describir la condición humana, al modo, por ejemplo, de Montaigne? Tampoco. No hablaré de mí solo; hablaré de mí con los demás, de la influencia de los demás sobre mí. Hablaré también de esa sombra que me acompaña y que es mi imagen. [...] ¿Serán unas confesiones? Es muy difícil confesarse. [...] Más bien serían unas confesiones de propósitos. No se plantea el problema de la mentira o de la verdad, de la autoacusación, sino de la pretensión. Pretensión que, sin embargo, podría ser ilusoria. [...] ¿Va a ser esto una autobiografía? Apenas habrá aquí, sólo en la medida que juzgue absolutamente necesaria, relatos de mi subjetividad⁵.

Problemas de definición y justificación de la escritura autobiográfica que encontramos también en el *Descargo de conciencia* de Pedro Laín Entralgo. También, en cierto modo, en las *Casi unas memorias* de Ridruejo, aunque son un caso distinto porque se trata de un producto editorial distinto, o en los más tardíos volúmenes de la *Vida presente* de Julián Marías, a quien la biografía le parecía “un género literario tan atractivo como utópico” porque “se puede saber *quién* es alguien, pero es ilusorio conocer su vida”⁶. Los ejemplos son incontables y en su mayoría conocidos y discutidos⁷.

2. LA BIOGRAFÍA, CRUCE ESTRATÉGICO ENTRE SOCIOLOGÍA E HISTORIA

El uso de material memorialístico y autobiográfico, e incluso el uso de biografías y el análisis y la narración biográfica como estrategia textual siempre han sido problemáticos en sociología, como consecuencia de un prejuicio enquistado respecto del valor analítico de la intimidad y la falta de legitimidad intelectual de la explicación de las ideas en relación con la narración de las vidas de quienes las pensaron.

Precisamente Tierno Galván dedicó una de sus *Acotaciones a la historia de la cultura occidental en la Edad moderna* a la biografía, Género que asocia, curiosamente, al desarrollo de la sociología. “En cierto sentido –dice-, es el género biográfico moderno un resultado de la conciencia de lo colectivo, adquirida a través de los estudios y de la divulgación sociológica. No hay que olvidar que algunos sociólogos importantes, Simmel por ejemplo, hicieron excelentes biografías. Es un género literario apendicular a la sociología”⁸. A pesar de lo cual, su reflexión concluye en el inevitable recelo. No deja de ser, dice, “una reducción de la historia a la literatura y, en este sentido, la trivialización plena del historicismo. La conciencia histórica se diluye en el arte de aprovechar el arte para seducir”⁹.

5 J. L. Aranguren, *Memorias y esperanza españolas*, Madrid, Taurus, 1969, pp. 13-17.

6 J. M., *Una vida presente*, vol. 2, Madrid, Alianza, 1989.

7 Para un buen análisis de la autobiografía en la cultura española del siglo XX ver: Á. Loureiro, *The Ethics of Autobiography. Replacing the Subject in Modern Spain*, Nashville, Vanderbilt University Press, 2000. También: A. Caballé, *Narcisos de tinta. Ensayo sobre la literatura autobiográfica en lengua castellana (1939-1975)*, Barcelona, Megazul, 1995.

8 E. Tierno Galván, *Acotaciones a la historia de la cultura occidental en la edad moderna*, 1964. Cito por *Obras Completas*, tomo III, Thompson-Reuters, 2009, p. 393.

9 E. Tierno Galván, *Obras Completas...*, tomo III, p. 394.

En el campo de la sociología la sospecha hacia biografías y autobiografías ha sido una constante. Lo ha descrito bien Marcel Fourier, biógrafo de Durkheim y Marcel Mauss, en un artículo reciente, donde se pregunta por el escaso eco crítico alcanzado por sus biografías¹⁰. También Robert K. Merton dejó buenas páginas sobre la carencia de y reticencia a la autobiografía sociológica, instrumento metodológico en el que apreciaba virtudes¹¹. Pero ha sido, sin duda, Pierre Bourdieu quien con más contundencia ha atacado el discurso biográfico desde la sociología. Así comienza su *Autoanálisis de un sociólogo*: “Esto no es una autobiografía. Es un género que no sólo me está vedado porque he (d)enunciado la ilusión biográfica; me resulta profundamente antipático, y la aversión, mezclada con temor, que me ha inducido a desanimar a varios ‘biógrafos’ es fruto de razones que considero legítimas”¹².

¿En qué consiste tal *ilusión* biográfica?

Hablar de historia de vida –dice Bourdieu– es presuponer al menos, lo que no es poco, que la vida es una historia y que una vida es inseparablemente el conjunto de los acontecimientos de una existencia individual como una historia y el relato de esa historia. Eso es al menos lo que dice el sentido común, es decir, el lenguaje corriente, que describe la vida como un camino, una carretera, una carrera, con sus encrucijadas, o como una andadura, es decir, un trayecto, un recorrido, un *cursus*, un paso, un viaje, un itinerario orientado, un desplazamiento lineal, unidireccional, etapas y un fin, en su doble sentido de término y de meta, un fin de la historia. Ese aceptar tácitamente la filosofía de la historia en el sentido de sucesión de acontecimientos históricos, que está implícita en una filosofía de la historia en el sentido de relato histórico, en pocas palabras, en un teoría del relato, del relato de historiador o de novelista, bajo este aspecto indiscernibles, biografía o autobiografía especialmente”¹³.

El problema de esta concepción, dice Bourdieu, es que comprende la vida como un todo, “un conjunto coherente y orientado, que puede y debe ser aprehendido como expresión unitaria de un “propósito” subjetivo y objetivo”.

Parece por tanto que el primer problema que encuentra Bourdieu no es otro que el de la vieja querrela entre historiadores y sociólogos en relación a la estrategia textual¹⁴. El sociólogo analiza, no narra o relata. En segundo lugar está el problema de la confusión entre lo sucesivo y lo causal, entre orden cronológico y sentido. “Yo no soy mi vida”, decía Ortega¹⁵. “El relato, tanto si es biográfico como autobiográfico, como el del entrevistado que se “entrega” al entrevistador, propone unos acontecimientos que sin estar todos y siempre desarrollados en su estricta sucesión cronológica, tienden o pretenden organizarse en

10 M. Fournier, “Is there anything new to say about Emile Durkheim and Marcel Mauss”, *International Sociology Books Review*, 2 (2012), pp. 170-178. Su biografía de Durkheim, de más de novecientas páginas, en Fayard, París, 2007.

11 R. K. Merton, “Some Thoughts on the Concept of Sociological Autobiography”, en Matilda White Riley, *Sociological Lives*, ASA Presidential Series, Beverly Hills, Sage, 1988. Una ajustada y sintética exposición de este problema la ofrece Cristóbal Torres en la introducción a su libro de entrevistas *IOP/CIS, 1963-2003. Entrevistas con sus Directores y Presidentes*, Madrid, CIS, 2003.

12 P. Bourdieu, *Autoanálisis de un sociólogo*, Barcelona, Anagrama, 2006, p. 11.

13 P. Bourdieu, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama, 1994, p. 74.

14 R. Ramos Torre, “Problemas textuales y metodológicos de la sociología histórica”, *REIS*, 63 (1993), pp. 7-28, y “En los márgenes de la sociología histórica: una aproximación a la disputa entre la sociología y la historia”, *Política y Sociedad*, 18 (1995), pp. 29-44. Ramos se hace eco de la distinción establecida en 1990 por A. Abbott, recogida posteriormente en su libro *Chaos of Disciplines*, Chicago, The University of Chicago Press, 2001, pp. 91-92.

15 C. Guillén, *Múltiples Moradas*, Barcelona, Tusquets, 1997, p. 19 y ss.

secuencias ordenadas según relaciones inteligibles. El sujeto y el objeto de la biografía comparten en cierto modo el mismo interés por aceptar el *postulado del sentido de la existencia narrada*, pues el relato autobiográfico, continúa Bourdieu, “siempre está inspirado, por lo menos en parte, por el propósito de dar sentido”¹⁶.

El riesgo mayor es entonces el de “convertirse en el ideólogo de la propia vida, seleccionando, en función de un propósito global, unos acontecimientos *significativos* concretos y estableciendo entre ellos unas conexiones que sirvan para justificar su existencia y darle coherencia”. Y es que, dice Bourdieu citando a Robbe-Grillet, “lo real es discontinuo, formado por elementos yuxtapuestos sin razón”¹⁷. Pero, cabe preguntarse en este punto, ¿qué diferencia a la biografía, autobiografía, entrevista orientada a la historia de vida frente a otros productos o instrumentos del saber narrativo? Sí, la vida social es compleja, la vida individual es también compleja y lo que venimos llamando el “Yo” es complejo, múltiple, plural, no se deja sujetar por la pretensión de conocimiento total y unívoco. Una fértil tradición en el campo de la microsociología, particularmente la fenomenología, ha dado cuenta teórica de esta complejidad: el yo múltiple, las múltiples realidades (Alfred Schütz)¹⁸.

Sucede, sin embargo, que dotar de orden a los acontecimientos (que efectivamente se nos presentan yuxtapuestos sin razón) para ofrecer una interpretación y un sentido no implica en sí mismo la pretensión de totalidad excluyente ni niega la complejidad del objeto. Para pensar esa multiplicidad de acontecimientos y estímulos diferenciamos, definimos, establecemos límites y ordenamos un discurso, una cadena de argumentos inteligibles. No sólo en el relato biográfico, sino en cualquier forma de conocimiento.

La disolución, por último, que Bourdieu incansablemente propuso de la dicotomía individuo-sociedad y que, con razón, denunció como falsa, está también detrás de su recelo hacia la biografía. De ahí que ofrezca como alternativa el concepto de trayectoria. Un concepto que, con un significado distinto, planteó también como alternativa a la ilusión biográfica –pues calificaba igualmente de intento “iluso” el conocer “la vida” de alguien– Julián Marías. La vida es una pluralidad de trayectorias. Un análisis de la relación entre la persona y los distintos campos en que actúa, su posición en ellos.

Pero cabría entonces preguntarse una vez más si el análisis de las distintas posiciones y acciones en relación al campo no implican igualmente una pretensión de orden, una búsqueda de sentido. ¿No hay un orden de acontecimientos en el *autoanálisis* de Bourdieu, llámelo o no autobiografía, si en última instancia ofrece un “principio” (el estado del campo en el momento en que entra en él), una serie de fases (los distintos colegios, instituciones académicas, la pertenencia a distintos grupos, la influencia de distintos maestros a los que sucesivamente encuentra y cuyos grupos académicos desmenuza) y un final? Hablemos claro: todas las críticas hacia la biografía o el relato autobiográfico desembocan en la denuncia del tratamiento del objeto como individuo separado, sometido a sus propios azares, del que se ofrece un relato cerrado con un sentido explícito de principio a fin que ha sido contraído de antemano por el objeto de la biografía en connivencia con el biógrafo o el investigador. Una vez asumida la crítica, el método biográfico es tan válido como cualquier otro de los métodos habituales del científico social, es decir, lleva consigo los mismos problemas y

16 C. Guillén, *Múltiples Moradas...*, p. 75. A propósito de esto y en el caso que nos ocupa, leemos en la primera página (“Explicaciones”) de las *Casi unas memorias* de Ridruejo: “Pero vayamos a la realidad concreta de ese proceso que exteriormente puede parecer una especie de conversión y que a mí, interior y subjetivamente, me parece un despliegue de cierta coherencia...” (cito por la edición de J. Amat: Barcelona, Península, 2007, p. 13. La primera edición es de 1976, editorial Planeta).

17 C. Guillén, *Múltiples Moradas...*, p. 76.

18 Ver de nuevo C. Guillén, *Múltiples moradas...*, p. 19 y ss.

requiere el mismo esfuerzo por minimizar sus efectos perniciosos. Un tratamiento adecuado de los datos, un nivel de reflexividad suficiente, un conocimiento lo más exhaustivo posible del contexto de producción científica de los datos y un permanente cuestionamiento del por qué un relato se construye sobre unos hechos y no otros, por qué se le atribuye un sentido y no otro, un principio y no otro, o en un contexto predominó una interpretación y después otra, de entre las posibilidades que ofrece la inaprensible complejidad y contingencia del mundo social¹⁹.

3. EL LAMENTO Y LA IRONÍA: EL CASO DE TIERNO GALVÁN

El caso de Tierno Galván y su autobiografía puede ilustrar las consideraciones metodológicas planteadas en el anterior epígrafe. Conviene recordar de forma somera algunos trazos básicos de su trayectoria política. Tras la muerte de Franco, y cerrado el boletín clandestino del Partido Socialista Popular a finales de 1976 (dejaba de tener sentido táctico una publicación clandestina de propaganda asociada a un partido), Enrique Tierno Galván comenzó a colaborar asiduamente en la prensa diaria. Tuvo, por ejemplo, Tribuna en *El País* desde el nacimiento del diario y en sus páginas publicó regularmente hasta su muerte. Entrenado tras los años de comentarista político en las revistas del exilio y en los editoriales de *El Socialista en el Interior*, Tierno mostró un notable dominio del género²⁰: argumentos claros, ordenados y sucintos sobre todos y cada uno de los temas esenciales que durante la Transición se pusieron encima de la mesa: el trono, las elecciones, la agenda y los ritmos del Gobierno Suárez, el Partido Comunista, las autonomías, la Constitución (en *El País* publicó, en un tono didáctico motivado por el rencor de haberse visto excluido de la participación en la ponencia constitucional, un artículo titulado “¿Qué es una Constitución?”²¹).

A pesar de la tribuna y la buena acogida y pese a haber manifestado la valía y el buen talento del recién nacido diario²², Tierno tuvo un serio desencuentro con el periódico como consecuencia de su cada vez más explícito apoyo al PSOE frente al PSP en la pugna por la preeminencia política como partidos socialistas. El 8 de junio de 1977, en uno de los editoriales dedicados a las elecciones, *El País* trazó una semblanza de Tierno y del PSP que disgustó profundamente al primero. Tierno envió una dura carta al diario ese mismo

19 Una reflexión crítica sobre los más recientes intentos de “codificar” material textual en sociología para, supuestamente, convertirlo en analíticamente riguroso en R. Biernacki, *Reinventing Evidence in Social Inquiry. Decoding Facts and Variables*, New York, Palgrave/Macmillan, 2012.

20 J. Tusell, en un artículo publicado tras la muerte de Tierno donde rescataba y comentaba algunos textos publicados en *El Socialista en el Interior*, dice: “Es lástima que en la política democrática, acuciado por otras premuras, Tierno abandonara en gran medida su condición de articulista. Lo es, sobre todo, porque lo era muy bueno y porque, por serlo, quedaba retratado perfectamente en sus personales características a la hora de tomar la pluma contra el régimen. [...] Hubiera sido muy sencillo, en un boletín como el que publicaba, convertir los artículos en panfletos encendidos. Sin embargo, no hay nada más diferente. En la pluma de Tierno hay siempre la preocupación y la capacidad de dudar de un profesor universitario. Hay un aliento ético que resplandece más allá de cualquier actitud partidista. Hay, más en concreto, el interés por el Estado, por lo permanente en la vida política. Hay, en fin, todo lo contrario a la desmesura: ese sosiego de talante que a Tierno le hacía ser artífice de la convivencia democrática”. J. Tusell, “Artículos secretos de Enrique Tierno”, en E. Chamorro, *Enrique Tierno, el alcalde*, Madrid, Cambio 16, 1986, pp. 38-39.

21 *El País*, 15 de septiembre de 1977. Recogido en E. Tierno Galván, *Obras Completas*, tomo V, 2010, pp.965-968.

22 En su artículo “Agradecimiento a los liberales” (*El País*, 8 de julio de 1976) Tierno concluía: “Alguien tenía que dar las gracias a los liberales y hacerlo de modo público y de modo que quedase constancia. Me satisface ser quien se haya anticipado a hacerlo y que sea en las páginas de un diario liberal, respecto del cual los demócratas tenemos motivos inmediatos de sincero agradecimiento”. Cito por E. Tierno Galván, *Obras Completas*, tomo V, p. 891.

día, exigiendo su publicación al día siguiente. Apareció, efectivamente, el día 9 de junio, con el título “El profesor Tierno replica”. Tierno denunció “una violenta censura contra el PSP y contra mí mismo como presidente”, que “rebaso con mucho lo que es normal en este diario; no existe en sus páginas hasta la fecha nada parecido”. Entre otras cosas, *El País* dejaba entrever una relación del PSP con la UCD. Apuntaba a que Adolfo Suárez utilizaba al PSP para beneficiarse frente al PSOE de la desunión de los socialistas y que el PSP se dejaba utilizar. Tierno aclara:

En lo que respecta a las posibles relaciones del PSP con el centro, quede claro que nuestro partido nunca ha hecho o pretendido hacer ningún “Pacto de la Moncloa” y que yo he repetido muchas veces que sólo participaríamos con el Centro en un Gobierno de urgencia nacional, pero nunca en una coalición aislada”. “El problema quizá no esté en la injusticia que supone los deliberados olvidos a que acabo de aludir, la cuestión principal está en las razones por las cuales *El País* ha caído en algo que es absolutamente impropio de un periódico que pretende ser serio y neutral. En el transcurso de los últimos meses, el análisis de la información de *El País* sobre la situación y el proceso político español y el modo en como informa de lo que cada día ocurre me han llevado al convencimiento de que este periódico no es neutral en cuanto a filiación política de partido se refiere. (...) Yo creo que *El País* ha disimulado, aunque ya parece que renuncia a hacerlo, su vinculación a ciertos sectores socialistas en detrimento de otros, y que no somos nosotros los favorecidos. Ahora bien, esta actitud es a todas luces perjudicial para la honradez y el buen entendimiento democrático.

Pero no era sólo una batalla por el lugar del PSP frente al PSOE en la pugna por la centralidad del socialismo en la futura España democrática la que estaba librando entonces Tierno frente a *El País*. Estaba batallando también por él mismo y contra el relato que de la lucha antifranquista se hacía para favorecer o desfavorecer la solidez de las posiciones democráticas en el futuro. Estaba luchando contra el relato que iban a construir los vencedores de esa nueva lucha por la centralidad política, una lucha generacional, que Tierno empezaba a intuir y en clave de la cual puede también interpretarse aquel pionero artículo en defensa de sus amigos los liberales. Una batalla por los viejos luchadores por la democracia que van a ser relegados por una generación de líderes jóvenes, con mucho menor pedigrí antifranquista pero con una posición de partida favorable en la lucha por el poder en la futura democracia que se empezaba a construir. Tierno quería hacer valer sus galones, su trayectoria antifranquista (capital simbólico) porque se devaluaba, o porque veía cómo lo devaluaban quienes no lo tenían (porque sí tenían otro capital simbólico que cotizaba al alza, el de la juventud, el de los nuevos líderes para los nuevos tiempos).

Detengámonos en el pasaje de la citada carta a *El País* como ejemplo del anclaje entre el análisis de la autobiografía como método con el marco teórico antes esbozado a propósito del momento de cambio político. Tierno puso aún más énfasis en defenderse a sí mismo de la semblanza que el diario había trazado que para defender al PSP:

En la breve reseña de mi biografía política ni siquiera se menciona lo que hoy todo el mundo sabe, que el contacto que entre el Grupo Funcionalista de Salamanca y los exiliados se estableció en 1957, gracias a un documento que, redactado por mí y sostenido por otros demócratas del interior, produjo el llamado “Pacto de París”, de cuyo texto me trajo y entregó una copia mi buen amigo Antonio Amat, quien atravesó clandestinamente la frontera para ello. Tengo la idea de que el “Pacto de París” fue el fulminante que produjo las primeras explosiones políticas que, en el orden práctico, comenzaron a desgastar el sistema franquista. En el año 1957 éramos pocos los que jugábamos a ese juego. *El País* llega a omitir, por si algún lector no lo sabía, que en el año 1965 me habían expulsado de la cátedra de Salamanca

y también ignora que en 1954 dejó de participar en la revista del Instituto de Estudios Políticos (de cuyo centro nunca fui más que un simple recensionista asalariado) por una conferencia en la que, dice el historiador Javier Tusell (*La oposición democrática al franquismo*, p. 352) “una conferencia de contenido tan transparente respecto de Franco y del franquismo que habría de producir, como produjo, un escándalo considerable: su consecuencia inmediata fue que Tierno dejó de tener contacto con el Instituto de Estudios Políticos”. Advertiré, porque seguramente esto también lo ignora *El País*, que el incidente, que fue penoso, nació de que la conferencia era un análisis marxista despiadado de la situación del franquismo y de la España franquista en 1954. Por aquellas fechas no ocultaba mi formación y criterio ideológico.

Prestemos ahora atención a algunas expresiones concretas: “Ni siquiera se menciona *lo que hoy todo el mundo sabe*”; “*las primeras explosiones políticas que comenzaron a desgastar el sistema franquista*”; “*éramos pocos los que jugábamos a ese juego*”; “por si algún lector no lo sabía aún”; “no ocultaba mi formación y criterio ideológico”... ¿Por si algún lector no lo sabía? No, no lo sabría. Pronto ni siquiera le importaría. Ni siquiera la expulsión de su cátedra en 1965. Llama la atención el que de una manera tan vehemente sacara a relucir sus méritos históricos. Méritos que el tiempo difumina y convierte en historia que ya no cuenta, ya no es pasión política. ¿No era eso lo que había pedido con insistencia y tono aleccionador Tierno en relación la Guerra Civil?: “Hay que convertir la guerra en historia”, para que ya no duela y no determine la vida política, la convivencia libre de prejuicios y resentimientos entre españoles. Había que convertir la guerra en historia, el franquismo en historia. Pero el antifranquismo también. Y Tierno recurre a un historiador, Javier Tusell, para que refrende y compulse su certificado de buena conducta, el capital simbólico que pretende hacer valer en el nuevo contexto. De hecho llama la atención que defendiera en esos términos su pasado de luchador contra la dictadura porque casi nunca lo hacía²³. Llama la atención porque de tan vehemente defensa de sí mismo cae también él en la inexactitud, innecesariamente: no es del todo cierto que sólo fuera “un simple recensionista asalariado” en el IEP, en cuya revista publicó artículos y no sólo reseñas, con cuya editorial colaboró como editor y traductor y en cuyos cursos impartió clase. No es cierto que a partir del incidente de la conferencia “dejara de tener cualquier contacto con el Instituto de Estudios Políticos”, como decía Tusell²⁴, aunque sí lo fue que sus colaboraciones menguaron, que algún trabajo al final no apareciese o lo hiciera sin su firma y que sus reseñas se publicasen firmadas bajo seudónimo (y así lo contaría él mismo poco después en sus memorias).

La historia del franquismo es una historia del miedo. Y la historia de la Transición también es la historia del miedo. Miedo de muchos de sus protagonistas. Intelectuales que se habían implicado, de un modo u otro, en la vida política del régimen. El miedo a que el nuevo relato histórico del franquismo, construido en democracia, no les situara en

23 En una entrevista para el diario *Ya*, del 5 de septiembre de 1976, le preguntaban “si en algún momento de estos últimos 40 años se ha sentido perseguido”. Tierno respondió “con rapidez de expresión, alzando ligeramente la cabeza”: “Perseguido no. Realmente, conciencia de la persecución no la he tenido. Me parece que en España hay muchos que han tenido más motivos que yo para considerarse perseguidos. Me he considerado marginado, en algunos casos ofendido, porque el adversario político suele ser inexorable. [...] Yo creo que, en mi caso, no se ha pasado de la marginación. Y he podido tener una vida social, y he podido vivir, mejor o peor, con algunos esfuerzos. Ha habido períodos en que, efectivamente, tenía la marca del “rojo” y me miraban con menosprecio, me retiraban el saludo; pero períodos pequeños. Hay otros muchos en que, por desgracia, no ha sido así”. (Entrevista recogida en Tierno Galván, *Democracia, socialismo y libertad*, Madrid, Tucar, 1977. Cito por E. Tierno Galván, *Obras Completas*, tomo V, pp. 557-558).

24 Quien, por otra parte, conocía la historia por el propio Tierno, pues se entrevistó varias veces con él en su casa y en el despacho de Marqués de Cubas, en 1966, mientras preparaba su libro *La oposición democrática al franquismo* (el premio Espejo de España, de la editorial Planeta, de 1977).

el lugar que les correspondía. El miedo a que la historia del presente desde la Transición tergiversara su propia historia. Que no fuera capaz de comprender cuánto sufrieron, en qué condiciones vivieron, cuántos dilemas hubieron de enfrentar. Es en la expresión de ese temor y en la reivindicación de sí mismos donde encontramos material textual relevante para la comprensión de una época específica.

Ese era el propósito del citado artículo de Tierno “Agradecimiento a los liberales”, a aquellos “vencedores” que, sin embargo, le habían ayudado en la posguerra y que, con él, conformaron el campo político de la semiclandestinidad. Vencedores que en uno u otro momento, bien por ser derrotados en los conflictos internos entre las familias del régimen, bien por desencanto, bien por un proceso de reflexión personal que le ha llevado a oponerse a la dictadura por cuestiones intelectuales o éticas, bien por las tres cosas o una combinación distinta de ellas, pasaron a formar la oposición democrática en el “interior” (esto es, dentro de España pero fuera de las estructuras políticas de la dictadura y de los ámbitos de toma de decisiones; sin poder efectivo). Dionisio Ridruejo, Joaquín Satrústegui, José M. Gil Robles, Joaquín Ruiz Giménez, Pedro Laín, López Aranguren. Algunos que estuvieron comprometidos con el proyecto de un nuevo orden social fascista para España, del sector derrotado de Falange, los intelectuales orteguianos del Instituto de Estudios Políticos (José Antonio Maravall, Luis Díez del Corral, Salvador Lisarrague)²⁵, los monárquicos de derechas que apoyaron a Franco para una restauración que no llegaba. Todos ellos pasaron a ser los ‘liberales’, aplicada la etiqueta con laxitud, vaguedad, incluso con cierta arbitrariedad en un debate historiográfico aún vivo²⁶.

Con ellos había trabajado Tierno durante años a pesar de las disputas, desencuentros y recelos. A. Maravall (como él, vencido pero integrado) lo había conocido en 1943, durante un ejercicio de oposición para conseguir un puesto en el Ministerio de Educación y con él y con Luis Díaz del Corral compartió buena parte de la actividad académica cotidiana del IEP en los años de Francisco Javier Conde a mediados de los años 40 y hasta 1960. El complicado episodio de la conferencia de 1953 ya relatado pudo haber tenido peores consecuencias para Enrique Tierno si no es por la mediación de su amigo Carlos Ollero y muy singularmente del apoyo de Salvador Lisarrague, quien ya al final de la Guerra Civil había intervenido en favor de Julián Marías. Le habían ayudado cuando era el joven vencido, el rojo, el ateo sobre el que “no puede emitirse informe sobre su adhesión al G. M. N. por no pertenecer el informado a FET y de las JONS”²⁷; y él habría de ayudarles después. Primero, cuando desde el exilio se les despreciaba desde posiciones de pureza moral frente a quienes habían de un modo u otro colaborado con la dictadura o luchado contra la República. Después, cuando durante la Transición se pudo pensar que llegaba el momento de pedir cuentas y exigir responsabilidades por aquellos pasados “manchados” de fascismo o connivencia con la dictadura.

25 A propósito de estos, y particularmente de la trayectoria intelectual e ideológica de Maravall, ver el capítulo 9 del libro de J. Varela *La novela de España* (Madrid, Taurus, 1999, pp. 323 y ss.).

26 Está presente en dos de los libros de historia intelectual del siglo XX español más destacados de los últimos años: el de J. Gracia, *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España* (Barcelona, Anagrama, 2003) y el de S. Juliá, *Historias de las dos Españas* (Madrid, Taurus, 2005). Ambos trabajos muy útiles para conocer la evolución intelectual y política de Maravall. Una presentación sintética del debate en el número monográfico “Intelectuales y segundo franquismo”, *Historia del Presente*, 1,(2005), coordinado por J. Muñoz Soro.

27 Tal y como informaba el Certificado de la Delegación de Información e Investigación de FET y de las JONS de Madrid, expedido el 18 de septiembre de 1943, que le era exigido a Tierno para presentarse a las oposiciones.

Con frecuencia he pensado –decía Tierno en *El País*, en aquel artículo del verano de 1976– en el absoluto desconcierto e incapacidad para la convivencia a que habría llegado nuestro país después de la guerra de no ser por los liberales. Liberales que estuvieron en ambos lados y no perdieron ni la mentalidad ni la conducta liberal, vivas en nuestro país desde las Cortes de Cádiz, vistieran el uniforme que vistieran y ocuparan el cargo que ocupasen [...] En los años difíciles de la posguerra inmediata, en cualquier institución, siempre aparecía la persona que sobre los prejuicios y los dogmatismos, o a pesar de unos y otros, entendía al prójimo, te ayudaba y se esforzaba porque sobreviviese y se apreciase la buena voluntad, el talento, la capacidad creadora o simplemente la mínima justicia necesaria para que la crueldad y el miedo no ejerciesen su dominio absoluto. [...] El liberal acepta los compromisos sin elevarlos nunca a principio excluyente y lo que pide a cambio es que los demás hagan lo mismo. Desde este supuesto, aunque se vistiese camisa azul y se hubiese combatido con el ejército de Franco, el liberal seguía siendo liberal y era muy capaz de extender la mano a uno u otro bando y ofrecerle su ayuda si creía que la merecía. [...] Los liberales no sólo han permitido que, a pesar de todo, el agua de la vida nacional no se haya podrido, sino que han mantenido un principio de honradez fundamental que ha sido, en última instancia, el que, dentro de la corrupción más general, ha fomentado la protesta en los niveles más cultos y responsables llegando, en algunos casos, a convertir la protesta en voz baja o cautelosamente ejercida en público en escándalo que ha desvelado los mecanismos de la corrupción.

Enrique Tierno Galván se situaba a sí mismo como un liberal más entre los liberales para los que reclamaba reconocimiento. Algunos de ellos ya habían sufrido, de hecho, a mediados de los años 60 aquel libelo cargado de hemeroteca, *Los nuevos liberales*²⁸, que generalmente se atribuye a las cloacas del ministerio Fraga/Robles Piquer²⁹. Entre ellos, José Antonio Maravall y Pedro Laín Entralgo.

4. MARAVALL Y LAÍN: INTELECTUALES EN DESAFECCIÓN

Entre la correspondencia de José Antonio Maravall se conserva una carta que le escribió desde Pau Manuel Tuñón de Lara el 4 de marzo de 1981. En ella responde a otra de Maravall en la que muy cordialmente le señalaba algunas imprecisiones o inexactitudes, algunos errores, en un libro suyo de reciente aparición, una historia de la dictadura. Tuñón responde desde la admiración y el respeto:

No sabe bien cuánto lamento el error que sobre usted se ha deslizado en la página 197 de mi libro. Por adelantado quiero decirle que este libro no debía haber sido escrito

28 J. Gracia en su biografía de Dionisio Ridruejo (Barcelona, Anagrama, 2008) lo fecha en 1966, igual que J. Amat en su reciente *La primavera de Múnich* (Barcelona, Tusquets, 2016). El catálogo de la Biblioteca Nacional no lo concreta. La edición que consulté en la sección de colecciones especiales de la Geysel Library de la Universidad de California en San Diego lleva fecha de 1963. La cuestión de la fecha no es irrelevante pues podría echar luz sobre la nunca aclarada autoría. A modo de introducción a la selección de artículos de *Arriba*, años 40, advertía un “Aviso para navegantes”: “En todo caso, hay algo que a los liberales nos divierte mucho en estos momentos, y queremos que otras gentes de buena fe participen de nuestro regocijo: se trata de la súbita y ardorosa conversión al liberalismo de quienes fueron los más fervientes campeones del totalitarismo. En verdad, estamos ante una manifestación típica del folclore nacional: la picaresca. Hoy vemos cómo la picaresca española, que adoptaba ayer formas totalitarias para complacer a la tiranía, se apresura a vestirse ahora con las galas liberales para complacer a la libertad que llega. Y que quienes fueron los campeones y teóricos de aquella, comienzan a ser los defensores y teóricos de esta” (p. 8).

29 Y cuyo espíritu ha encontrado eco en nuestros días en la obra de periodistas como C. Alonso de los Ríos (*Yo tenía un camarada: el pasado franquista de los maestros de la izquierda*, Madrid, Áltera, 2007) o G. Morán (desde *El maestro en el erial*, Barcelona, Tusquets, 2008, hasta el reciente *El cura y los mandarines*, Madrid, Akal, 2014). Paradójicamente, el primero se esmera en combatir a la izquierda preocupada por la recuperación de la “memoria histórica”, quienes, sin embargo, celebran la obra del segundo, tan rica en anécdotas.

por mí, según el plan general de la obra que dirijo, sino de aquello que se refiere a su parte ideológica y cultural. [...] Me encontré así con una tarea gigantesca que había de realizar a paso de carga. No le oculto que, por otra parte, cedí a la tentación de ocuparme de esa época, olvidando lo difícil que es escribir la historia de períodos en que se ha sido protagonista y, sobre todo, víctima. –Dentro de ese marco se sitúa el error cometido utilizando unas fotocopias del Anuario de Gran Mundo de 1944, relativas a altos cargos y jefaturas de los ministerios. [...] Quiero decirle, de todos modos, que si yo incluí su nombre no fue con ningún espíritu peyorativo, sino todo lo contrario, como algo que yo creía representaba una luz en la siniestra noche creada por Ibáñez Martín. Lo hice exactamente con que he citado el alcance de su obra en la revista *Escorial*. Y por las mismas razones de simpatía hacia usted he omitido su nombre al hablar del Instituto de Estudios Políticos en aquellos tiempos, como jefe del servicio de cursos y conferencias, al carecer de orientación o detalles sobre lo que sin duda fue también la manifestación de su espíritu liberal en aquel organismo. –Quisiera expresarle de manera rotunda que, para mí, lo que se haya sido o se haya hecho en aquellos ya lejanos tiempos carece de significación valorativa cuando se tiene una ejecutoria como la que usted tiene de constante dignidad y un talante liberal y democrático como el suyo. Casi parece ocioso recurrir a ejemplos tan ilustres como los de Ridruejo, Laín, Tovar y tantos otros³⁰.

La carta de Tuñón muestra con precisión los términos que, entre historia y memoria, estaban entonces en juego. La preocupación de Maravall por el lugar que habría de ocupar en el relato que habría de establecerse sobre el pasado inmediato queda bien documentado en su correspondencia de aquellos años. Apenas un año después escribió al director del periódico murciano *La Verdad* a propósito de “un breve resumen de las declaraciones que hice ante los periodistas en la mañana del lunes 25” con ocasión de una conferencia leída aquel día y aparecido el día siguiente, martes 26. En la carta –que pide que sea publicada, a pesar de su extensión, íntegramente en el diario “porque grave y largo ha sido el perjuicio que se me ha causado, sin duda involuntariamente, con esas palabras que se me atribuyen”– aclara:

Respecto al último párrafo que se me imputa, también entrecomillado, no me llamé nunca antifranquista –porque no me gusta definirme por lo negativo–, pero sí marqué mi repudio total, desde poco después de terminada la Guerra Civil –que yo pasé íntegramente en zona republicana–, del franquismo, y no dije que “no obstante Franco consiguió...”, sino que “no obstante lo que Franco se propuso, como es ley de toda dictadura del tipo de la suya –hablé literalmente de la losa con la que durante cuarenta años se intentó aplastar toda iniciativa de libertad del pueblo español– resultó que por debajo de esa losa con que se asfixiaba a la sociedad española, lograra esta seguir un proceso de cambios y transformaciones, contra todos los tópicos del franquismo.

La vivencia íntima de las heridas de la guerra y la larga dictadura no acabó con la muerte de Franco. Esto es una obviedad, pero es obviedad que con frecuencia se olvida y sin la cual no se comprende la historia intelectual de una generación. La expresión documentada de aquel temor íntimo nos sitúa en el punto de inflexión donde la memoria y la historia se construyen de acuerdo con la lógica de redefinición del campo político. Así, la memoria del protagonista trata de fijar una historia específica que no devalúe el capital simbólico adquirido a lo largo de una trayectoria intelectual y política que cobraba sentido en el específico contexto de la posguerra y la dictadura. Entre la correspondencia de José Antonio Maravall se halla una suerte de cronología inédita de su biografía, escrita por él

30 Carta de Manuel Tuñón de Lara a José Antonio Maravall, 4 de marzo de 1981. Archivo J. A. Maravall, Universidad de Castilla-La Mancha.

mismo, no podemos saber con qué propósito. En él hallamos una relación detallada de los momentos más relevantes de su autoevaluación intelectual e ideológica: en 1936 destaca la publicación, en la *Revista de Occidente*, de un artículo titulado “Culturas beligerantes” en el que se niega “a aceptar el planteamiento dual fascismo-comunismo”. El 18 de julio le sorprende en la sierra de Madrid. Regresa y se incorpora a su puesto en el Ministerio. Al año siguiente es movilizado por el ejército republicano: “Durante la guerra no tomo parte en ninguna acción militar porque me prometí no disparar un tiro entre españoles”. Terminada la guerra vuelve a su puesto en el Ministerio. Un “antiguo amigo de la Universidad”, ahora Subsecretario, decreta su inmediata incorporación. Se afilia “como funcionario al Movimiento Nacional con categoría de adherido (jamás de militante), que conservo hasta que me doy de baja en 1952”. Colabora en *Arriba* (con artículos que “se orientan hacia una fórmula de fusión del régimen con un nacionalismo políticamente liberal y económicamente socializante”) y *Escorial*, donde destaca “un largo trabajo exponiendo que varios profesores italianos han intentado asimilar la herencia de la Revolución francesa y presentan la Carta del Lavoro como una más en la serie de las declaraciones de derechos del hombre”. También en la revista del Instituto de Estudios Políticos un ensayo sobre “Liberalismo y la libertad en Europa, en la misma línea de asimilación de la herencia liberal, y un largo comentario del libro de Guido Ruggiero “Historia del liberalismo europeo”, con la más favorable estimación”. En 1941 –continúa– deja de colaborar “por insuperable disconformidad”, con el diario *Arriba*: “Los textos que siendo Fraga ministro incluyó en el capítulo dedicado a mí junto a otros dedicados a mis amigos Aranguren, Laín, Ridruejo (a diferencia de ellos no estuve nunca en zona franquista) figuran fragmentos (no sé si habrán sido los utilizados), en donde se habla (confieso que con bastante tonta ingenuidad de los 26 o 27 años) de ‘libertad dirigida’. Tampoco en aquel momento se podía hacer mucho más”. El documento, que no está fechado y alcanza las dos páginas, continúa en la misma línea hasta llegar al año 1977³¹.

31 Entre los días 19 y 23 de diciembre del año 2006 aparecieron varios artículos en el diario *El País* conmemorando el 20 aniversario de la muerte de José Antonio Maravall. En uno de ellos (“Testimonio personal”, 23 de diciembre de 2006), su hijo José María Maravall decía: “Supe bien cómo vivió la guerra en el ejército de la República, en la división de Cipriano Mera, primero en Madrid, después en Almansa, Alcoy y Figueras. Superó la depuración posterior con la ayuda de Alfonso García Valdecasas y Eugenio D’Ors. Conocí asimismo los artículos que escribió en los años 40, de retórica ampulosa, a favor del régimen franquista. Y también la amargura posterior que sintió por ellos”. Ese mismo día 23, en el suplemento cultural de *El País*, Babelia, el escritor Isaac Rosa publicaba el artículo “Árboles que dejan ver el bosque”, donde –dice el destacado del periódico– “contesta a un artículo publicado en Babelia por el profesor José Lázaro en defensa de Pedro Laín Entralgo y recuerda, de nuevo, las depuraciones de docentes universitarios tras el fin de la Guerra Civil. El autor de la novela *El vano ayer* pone en duda que Laín fuera una “víctima del sarampión del momento” al convertirse en un jerarca de Falange”. El artículo aludido de José Lázaro (profesor de Historia y Teoría de la Medicina en la UAM y autor de una notable biografía de Luis Martín Santos) había aparecido el 9 de diciembre, y bajo el título “Pedir perdón, aunque sea póstumo” planteaba, a propósito de Laín, la necesidad de “una investigación seria sobre nuestro pasado reciente que aleje el peligro de las difamaciones y del revanchismo”. Lázaro se hacía eco de unas palabras del historiador Santos Juliá, también publicadas en Babelia (14 de octubre de 2006), con las que “sostenía que la trayectoria de los intelectuales que apoyaron inicialmente el franquismo y se apartaron más tarde de él debe ser analizada recurriendo a una investigación que permita “conocer [el pasado] en lo que fue y tal como fue”, desconfiando del moralismo de los acusadores y de los testimonios autobiográficos de los acusados. Y añadía: “Ese empacho de moralismo, esa proclividad a juzgar conductas políticas por intenciones morales, es la misma nube que nubla la vista a tanto aficionado a lanzarse sobre el pasado de nuestros fascistas, nacionalsindicalistas o católicos de camisa azul para exigirles que confiesen su culpa”. No ha sido este, desde luego, el primer ni el último episodio polémico en relación la biografía intelectual de aquella generación. Sirva como un ejemplo más la enorme discusión pública que suscito el artículo de Javier Marías “El padre” (*El País*, 16 de junio de 1994), donde defendía la trayectoria intelectual y moral de su padre, Julián Marías, frente a la de otros filósofos como José Luis López Aranguren,

El 19 de mayo de 1976, Julián Marías y su esposa Lolita Franco asistieron en Madrid, en un hotel de la calle Velázquez, a la presentación del libro de Pedro Laín Entralgo *Descargo de conciencia (1930-1960)*.

Se suponía que los “presentadores” eran amigos; pero el acto fue penoso. Con pocas excepciones, se convirtió en una especie de “juicio” a Laín, escasamente amistoso, y en el cual se deslizaron algunas mentiras notorias. Los que intervenían se creían autorizados a “pedir cuentas” a Laín, en virtud de no sé qué inmaculada pureza, que en muchos casos no existía. Creo que Pedro Laín pasó un mal rato. Lolita y yo fuimos a continuación a cenar a casa de unos amigos, y se habló del acto; cuando volvimos a casa y nos acostamos, Lolita estaba tan impresionada que tuvo que levantarse y tomar una pastilla para dormir³².

La escena narrada pertenece al tercer volumen de sus memorias, escrito en 1989. La distancia de más de diez años es sustancial. Pero semanas después de aquel episodio y tras leer el libro de Laín, Marías envió dos artículos a *El País*³³ (diario del que Marías fue socio fundador y donde publicaría incontables artículos en sus primeros años, hasta su posterior desencanto y abandono). Aquellos artículos son un ejemplo más de en qué términos se expresó durante la segunda mitad de los años setenta la angustia de una generación de intelectuales atravesada por la experiencia de la guerra y la adaptación intelectual y moral al devenir político de la España de Franco. En aquella fecha, apenas un año después de la muerte Franco, empezaba, dice Marías, “a iniciarse una tendencia que pronto va a ser una exigencia, si no se reacciona a tiempo: lo que pudiéramos llamar la “confesión histórica”, la mostración de los recovecos del pasado político de los españoles, para ser admitidos –no está claro por quién– al futuro”. Y continúa:

Laín ha cedido a esa obsesión judicial de nuestro tiempo, a ese afán por buscar “culpabilidad” hasta en lo que nada tiene que ver con ello. [...] Nuestros contemporáneos tienen una extraordinaria vocación de jueces; Pedro lo ha sido, y muy severo, de sí mismo, con lo cual quizá ha frustrado lo que pudo ser un espléndido libro de memorias, de recuerdos personales e históricos, conmovidos, dolorido cuando hiciese falta, pero alegre, lleno de complacencia en la realidad y en una vida que es de las más “presentables” que conozco³⁴.

Tierno dejó en *Cabos sueltos* –y recordemos que el libro apareció en el año 81 y las grabaciones en las que se apoyó la redacción final se realizaron durante los dos años anteriores– dos reflexiones de mucho interés en relación con el miedo íntimo de esa generación. Una, también a propósito de Laín y su *Descargo de conciencia*:

Tendría que emplear muchas páginas –dice Tierno– para explicar cómo los españoles que habíamos vivido la guerra, de una manera u otra, teníamos un grave cargo de conciencia. Los que no lo reconocieron tuvieron que tapanlo con mentiras o con delitos continuos. [...] Los que habían estado sufriendo con pasividad la persecución o la intolerancia, tenían cargo de

a quien acusaba de haber maquillado en sus memorias su complicidad con el régimen de Franco durante los primeros años de posguerra.

32 J. Marías, *Una vida presente. Memorias*, vol. 3, Madrid, Alianza, 1989, p. 31.

33 Que han servido de introducción a la más reciente reedición del libro dentro de la Biblioteca Pedro Laín Entralgo de la editorial Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2003. Los artículos son “La conciencia de Pedro Laín” y “Los supuestos”, ambos publicados en junio de 1976.

34 “La conciencia de Pedro Laín”, *El País*, junio de 1976.

conciencia porque no habían podido combatir; y ¿qué decir de aquellos que estando del lado del franquismo, poco a poco se fueron convenciendo, primero, de que era un error, y después, que el error había sido el origen de una actividad delictiva o criminal tanto en cuanto a las leyes como en cuanto a la conciencia de expresar las convicciones morales primarias? Un ejemplo honrado de lo que digo, al que ya he hecho referencia, es el de Laín Entralgo, intentando siempre encontrar una explicación a su pasado y una explicación satisfactoria para él mismo y para los demás, explicación que culminó en su libro *Descargo de conciencia*. Todos, repito, los españoles cultos que hemos tenido alguna responsabilidad pública y que hemos padecido la Guerra Civil, hemos tenido cargo de conciencia. Unos porque hemos hecho poco, otros porque hicieron demasiado y muchos porque no hicieron nada³⁵.

Laín es según Tierno Galván un caso claro de hombre de “conciencia intranquila” que

Pasará a las páginas de la historia de España de este tiempo por sus libros, y esto no es lo que yo debo ni puedo juzgar, pero también por su esforzada conducta moral. No son muchos los españoles que han tenido el valor de Laín Entralgo de desnudarse, por así decirlo, en público y de acercarse a las puertas de un confesionario tras las cuales estaba la opinión pública entera. Es caso excepcional, y hay que estimarlo, como uno de los acicates que han contribuido para que un sector importante de la clase dirigente española se empeñase también, si no en la lucha abierta, sí en la protesta contra el autoritarismo³⁶.

La segunda reflexión la encontramos páginas antes, en los párrafos dedicados a Ridruejo, Ruiz-Giménez, Antonio Tovar y, de nuevo, Laín en el contexto de las consecuencias que para ellos tuvo la revuelta estudiantil del 56:

Alguien escribirá alguna vez la conducta general y las determinaciones de grupo de los que lucharon contra sí mismos por principios de honradez, con referencia concreta a lo que hicieron en sus años juveniles, durante la guerra o después de la guerra. Será la historia del esfuerzo por lograr la purificación. En el fondo, una historia cívico-cristiana que difícilmente podría darse en otro país con la profundidad con que se ha dado y aún se da en España³⁷.

“Alguien escribirá alguna vez”, “pasará a las páginas de la historia de España”... Nuevo campo de batalla por su lugar en la historia, en el relato de la España que combatió a Franco atravesando el siglo XX con todas sus consecuencias: el miedo, la guerra y la cegadora luz de sus sueños dogmáticos. Pero ¿valdrían sus viejas armas para combatir en la nueva España tras la muerte de Franco? ¿Y sus insignias? ¿Y el aura que desprende el relato de las heridas de guerra? Vieja y nueva política, decía Ortega y Gasset, luz y guía de esa generación. ¿Qué van a ser ellos a partir de ahora? ¿Vieja o nueva política?

5. CONCLUSIONES

En este trabajo he defendido el valor de los libros de memorias y relatos autobiográficos como fuente para una sociología histórica de los intelectuales, a partir del caso de algunos protagonistas de la generación del 36.

Las memorias pueden, a través del análisis del discurso y procurando su adecuación al marco teórico de referencia –en este caso una revisión de la estructura del campo político (en el sentido bourdiano) de la dictadura y sus transformaciones hasta la llegada de la

35 E. Tierno Galván, *Cabos sueltos*, en *Obras Completas*, tomo VI, p. 554.

36 E. Tierno Galván, *Cabos sueltos*, en *Obras Completas*, tomo VI, p. 334.

37 E. Tierno Galván, *Cabos sueltos*, en *Obras Completas*, tomo VI, pp. 334-335.

democracia— ser una fuente valiosa para el análisis de aspectos concretos de los procesos de cambio político desde la sociología histórica.

De acuerdo con este enfoque teórico, inicialmente he esbozado una distinción fundamental entre el campo político oficial (el régimen y el complejo y conflictivo equilibrio de la configuración de fuerzas políticas que constituyó el Movimiento durante casi 40 años); el campo político de la clandestinidad (la oposición prohibida y frontalmente perseguida y combatida por el régimen de Franco, tanto en el exilio como en el interior); y, por último, un campo político semiclandestino, parcialmente tolerado, sólo puntualmente reprimido y principalmente alimentado por vencedores de la Guerra Civil e intelectuales inicialmente afectos e integrados en la administración franquista que progresivamente se distancian (o son expulsados tras un reequilibrio de fuerzas entre las distintas familias políticas del régimen, como es el caso de falangistas y monárquicos) del régimen para convertirse en disidentes y críticos (caso de Maravall o Laín) o directamente en oposición política (Tierno, vencido pero integrado desde la marginalidad, o Ridruejo).

Y ha sido para el análisis de la actitud y acción política ese grupo de intelectuales que configuran una parte del campo político de la semiclandestinidad durante el final del franquismo y los primeros años de la Transición para lo que he revisado algunos pasajes de las memorias y documentos autobiográficos de algunos de sus protagonistas como Enrique Tierno Galván y José Antonio Maravall. Una oposición que había trabajado para debilitar al régimen y para situarse estratégicamente en el campo político ante una transición entonces sólo imaginada, en la que esperaban ocupar un papel central.

Pero ese protagonismo les fue negado cuando el inevitable cambio en las reglas del campo de la política devaluó su capital político antifranquista y su capital simbólico como intelectuales, pues la transición se da en el campo de la política, pero también en el campo intelectual, que comienza a forjarse precisamente en la lucha por su autonomía, siempre relativa, del poder. No es lo mismo hacer política por la democracia en dictadura que hacer política democrática en democracia. No es lo mismo ser un intelectual comprometido contra la dictadura, que un intelectual en democracia.

Aquella generación, de algún modo doblemente penalizada, sentiría durante la Transición el miedo íntimo al resultado de la revisión histórica de su trayectoria intelectual y política. Ese miedo lo analizamos en sus libros de memorias, en muchos casos escritos y publicados, precisamente, durante la Transición. Relatos autobiográficos donde tratar de preservar su lugar en la historia ante el miedo de que, bajo nuevas circunstancias políticas e intelectuales, jugando con reglas nuevas, el sentido que habían atribuido a sus acciones iba a perderse, primero en la densa niebla de los malentendidos y, después, trágicamente, en el olvido. Es decisivo comprender el hecho de que estos textos autobiográficos se producen durante el cambio político no sólo por la necesidad de la justificación o la reivindicación personal ante una eventual reelaboración del relato (convencional o académico) sobre el pasado inmediato, sino el valor del capital simbólico acumulado en el pasado para afrontar el inmediato futuro en un nuevo escenario político. En otras palabras, en el momento del cambio político, la memoria no vuelve sólo la mirada hacia el pasado. De ahí que su valor analítico fundamental para nosotros no sea lo que dicen sobre el pasado, sino lo que dicen sobre el momento específico en que fueron escritas.

Santos Juliá ha insistido en la escasa o nula fiabilidad de las memorias de los protagonistas de la dictadura y la Transición para hacer su historia³⁸. Tiene razón en cuanto a la validez histórica objetiva o factual de la información que puedan ofrecer o la interpretación

38 S. Juliá, *Hoy no es ayer. Ensayos sobre la España del siglo XX*, Barcelona, RBA, 2010, p. 17, en referencia a uno de los ensayos recogidos en el libro: “Lo que a los reformistas debe la democracia española”.

retrospectiva de su acción política y el sentido del que entonces la doten. También hemos asistido a incontables polémicas, especialmente en lo que concierne a la generación del 36, sobre el uso de la autobiografía como ejercicio de revisionismo interesado sin más objetivo que la exculpación (y que, como hemos podido ver, han estado presentes desde el final de la dictadura y no sólo en los diez o quince últimos años). Pero la lucha por la memoria para la revisión de la historia queda igualmente muy lejos de la propuesta metodológica de este artículo. Es el análisis del discurso autobiográfico desde un segundo plano reflexivo el que nos interesa.

El análisis del discurso aplicado a materiales autobiográficos nos permite entender cómo determinados actores asumen y responden ante circunstancias históricas específicas como son los momentos críticos de cambio en las reglas del campo y en la distribución de poder y de las expectativas de poder que están en juego. Hay pocos materiales que nos ofrezcan la riqueza de detalles para el estudio de la construcción subjetiva de la identidad (individual y social) que las autobiografías. Un material, sin duda, altamente inflamable. Pero utilizado bajo un marco teórico sólido, una gran cantidad de datos históricos y un nivel de reflexividad suficiente, se trata de una fuente que de ningún modo podemos descartar.